



Del crepé y la muselina a las acciones heroicas

Crónicas de José María Cordovez Moure

EMMA ARCILLA Y AMPARO LOTERO

Reproducciones: William Núñez, Liana Trujillo y archivo Fondo Cultural Cafetero

LAS VIEJAS CASONAS y calles empedradas que reposan como frías reliquias en la Bogotá de hoy reviven a través de personas y sucesos, al leer los amenos relatos de ese prolífico escritor del siglo pasado que fue José María Cordovez Moure.

El territorio comprendido entre los fenecidos ríos de San Francisco y San Agustín, La Candelaria y el puente de San Victorino, y los arrabales de Egipto, Las Cruces y Las Nieves, constituye el escenario principal de grandes acontecimientos políticos y menudos hechos domésticos, de las flaquezas y grandezas que forman parte de la historia capitalina que transcurre por las páginas de las *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*.

Si Cordovez Moure fue un cronista, un historiador, un periodista o un literato o a qué género pertenecen sus escritos, aspectos en los cuales se han ocupado sus estudiosos y críticos, es cuestión que queda trascendida al considerar la verdadera dimensión de sus relatos, como se verá a lo largo de este trabajo. Porque don Pepe, como lo llamaban sus coetáneos, fue de todo un poco en su recorrida y agitada existencia. Su obra es, ni más ni menos, el producto de una época marcada por las más variadas contradicciones, y en ello radica buena parte de la riqueza de sus escritos, a la que se suman sus cualidades de observador y su curiosidad a veces morbosa, unidas, si no a un depurado estilo literario, sí a una agradable y deliciosa manera de escribir y de contar.

Sin lugar a dudas fue don Pepe un excelente conversador, para escribir como lo hizo. Participó asiduamente en las tertulias de la librería Americana, adonde se dirigía cada tarde al salir de su oficina. De este buen conversador dijo el historiador Luis Augusto Cuervo: "Todo lo averiguaba, a todo le buscaba causa y efecto, y luego su imaginación se soltaba en corrillos y visitas, exageraba lo sabido, inventaba lo poco que ignoraba y nadie se quedaba sin gozar de su admirable dicción, del comentario irónico y de la sugestión casi siempre acertada"¹.

Fue don Pepe un escritor tardío. En 1891, a la edad de 56 años, publicó su primer artículo en el periódico *El Telegrama*. Hasta entonces no se le había ocurrido escribir para el público. Esta incursión periodística, tan inesperada como fructífera, la cuenta así don Pepe:

El 17 de julio de 1891 se presentó [Jerónimo] Argáez con aire afanoso en el Capitolio, en busca de noticias para El Telegrama, que debía salir al día siguiente.

—Hoy hace 40 años —le dijimos— que al frente de este edificio fusilaron a Russi y demás compañeros.

¹ Luis Augusto Cuervo, *Boletín de Historia y Antigüedades*, julio-agosto, 1944, pág. 667.

Página anterior. *El joven José María Cordovez Moure*.



Colegio San Bartolomé en la Calle de la Academia en 1840. José María Cordovez Moure hizo parte de los 40 liberales voluntarios que el 4 de febrero de 1862 defendieron este edificio del ataque de la conservadora guerrilla de Guasca.

—Escribanos esa historia —nos replicó; pero como le objetáramos nuestra incompetencia a la vez que nuestra dificultad para escribir de una manera legible, aceptó la galante oferta que le hizo el inteligente joven Alejandro Vega para escribir lo que le dictáramos.

Terminada la tarea llegó el momento de poner título al escrito hecho “a la diablo”; pero como vaciláramos en ello, Vega puso el encabezamiento de *Reminiscencias*. De manera que, concretando la cuestión, diremos que Argáez “inventó el instrumento”; nosotros soplamos la flauta, que sonó por casualidad; Vega bautizó el escrito, y Marroquín Fallon y Pombo declararon que “la bacía de barbero era yelmo de Mambrino”.

Al pregonar los muchachos en las calles El Telegrama, anunciaban los crímenes de don Pepe Cordovez!²

Cordovez Moure empezó a escribir regularmente en El Telegrama, y dos años más tarde, en 1893, se publicó el primer tomo de los ocho que constituyen el total de las *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*. Allí no solamente se recogen las crónicas publicadas en ese periódico, sino muchas otras escritas exclusivamente para los volúmenes de su obra.

Y así, sin habérselo propuesto, no paró de escribir durante los últimos veintisiete años de su vida. Tres días antes de su muerte, el primero de julio de 1918, la revista *Cromos* publicó un trabajo suyo titulado “Los personajes de antaño”, dedicado a cuatro locos de Bogotá: Susunaga, Chepecillo, Lasso de la Vega y Gonzalón.

² José María Cordovez Moure. *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1946, vol. X., págs. 221-222.

Había nacido don Pepe en Popayán el 13 de mayo de 1835, en circunstancias que le ganaron el calificativo de “inoportuno”, según él mismo cuenta en sus *Recuerdos autobiográficos*:

Nuestro excelente padre fue asaz aficionado a la música [...] Consecuente con esta pasión, emprendió la temeraria labor de hacer cantar algunos coros de la grandiosa ópera Roberto el diablo, de Meyerbeer [...] terminada la ejecución del primer acto en medio de frenéticos y prolongados aplausos, permanecían los espectadores ansiosos de que la función ofrecida siguiera su curso regular; pero cuál no sería el asombro de éstos cuando al levantar el telón apareció en la escena don Francisco Villalba, y con viva emoción espetó el siguiente discurso: “Muy respetable público: Un inesperado cuanto inoportuno asunto íntimo de la familia obliga al anfitrión de esta hermosa fiesta a suspenderla hasta mejor ocasión, que se presentará pronto, con motivo del bautizo del hermoso niño que en estos instantes acaba de nacer!”. De manera que desde la una de la mañana del martes 13 de mayo del citado año de 1835, en que nació el autor de este relato, fue calificado de inoportuno e intruso en donde no se le había invitado”¹.

EL CONTADOR DE COMO SE BAILABA, SE VESTIA, SE COMIA Y OTROS ACONTECERES PROSAICOS

Aunque José María Cordovez comenzó a escribir tardíamente, debió de adelantar apuntes en años anteriores, algo así como un diario en el que estampara recuerdos de los hechos de los que fue testigo presencial o que le contaban personas mayores, y los cuales seguramente matizaba con su grandiosa imaginación. De otra manera, resulta sorprendente la exposición de tanto detalle minucioso que caracteriza su obra, pormenores que recrea con admirable realce, particularmente en sus crónicas costumbristas.

En este tipo de relatos, Cordovez Moure presenta coloridos retratos no sólo del ambiente de su época, sino también de años pasados, utilizando el sistema de comparar lo que fue con lo que era entonces Bogotá. Con su admirable imaginación, utilizaba los recuerdos de los más viejos para escribirlos como propios, diferenciándose poco estas narraciones de sus vivencias, que contaba con el peculiar recurso de la primera persona del plural. Aún más: este autor se remontó a revivir, como si hubiera estado presente, escenas de siglos anteriores, auxiliado en buena parte de la tradición oral.

Entre sus más afamados escritos costumbristas se encuentran *Los bailes* a lo largo de diferentes épocas:

En la época a que nos referimos [1849], todo sarao, baile o tertulia tenía, lo mismo que las comedias, tres actos que podemos clasificar así: 1. Preparación; 2. Ejecución; y 3. Consecuencias. [...] Fijado el día para la fiesta se enviaba con la vieja sirvienta un recado [...] : “Recado manda a sumercé mi seña Mercedes y mi amo Pedro: que el día de su santo los esperan por la noche con las niñas y los niños, sin falta. Que le mande sumercé los canapés, las sillas, los candelabros, los floreros de la sala (a cada familia se le pedía lo que hacía falta, pues por lo regular nadie tenía más de lo estrictamente necesario). Que aquí vendrá mi amo Pedro a convidarlos y que manden las niñas para que le ayuden” [...] Las piezas de la casa que daban al frente de la calle [...] se arreglaban para bailar; el corredor principal se cubría con percalina para evitar el frío, porque los cristales no estaban al alcance de los santafereños [...] Enton-

¹ José María Cordovez Moure, *Reminiscencias* “Recuerdos autobiográficos”, Bogotá, Librería Americana, 1913, serie VIII, pág. 8.

PROLOGO

Pretende Cordovez que yo le escriba
Un prólogo en octavas, ¡poca cosa!
Y esto, cuando mi musa tan esquivo
No quiere ya dictarme ni vil prosa,
Se me hace a la verdad muy cuesta arriba,
Mas como el por el prólogo me acosa,
Allá va como salga de mi mente,
Que para eso es el público indulgente.

¿Pero qué he de decir? Eso es lo grave.
¿Que escribe con primor José María?
No tal, pues todo el mundo ya lo sabe,
Y fuera repetirlo tontería.
Claro es que no hay objeto en que yo alabe
A quien alaban todos a porfía.
Mi musa en tales cosas no se mete,
Por no salir con su Domingo siete.

Que el libro es un primor, es bien sabido,
Y eso lo puede asegurar cualquiera
Si los otros tres tomos ha leído,
Y no tiene cerrada la mollera;
Y el público que palmas ha batido,
El cuarto tomo con afán espera,
Como se espera el oficial mandato
Para poder optar por candidato.

Yo miro á Cordovez con mucha envidia,
Primero, porque sabe tanta cosa;
Segundo, porque vence la desidia,
Y cuenta en fácil y correcta prosa.

*Facsimil del prólogo que escribió
Roberto Mc Douall para la 3a.
edición de las Reminiscencias.*

ces se creía que para calmar la agitación que produce el baile debían tomarse bebidas frescas; [. . .] se ostentaban sobre la mesa del comedor, botellones de vidrio repletos de horchata de ajonjolí [. . .], agua de moras, naranjada, aloja [. . .] las muchachas [. . .] consultaban entre ellas la manera como irían a la fiesta, y las amigas íntimas se consideraban obligadas a vestirse de la misma manera como prueba de mutuo cariño. [. . .] El valse colombiano y la contradanza española constituían el repertorio de los danzantes. El colombiano se bailaba tomándose las parejas las puntas de los dedos y haciendo posturas académicas [. . .] La segunda convertía a los danzantes en verdaderos energúmenos o poseídos [. . .] el dueño de la casa quedaba muy gozoso de que todos se hubieran divertido a su modo, sin preocuparse de los daños causados, porque entonces no pagaba el monigote quien lo tenía sino quien lo daba a préstamo⁴.

Pero aparte de generalidades sobre los bailes de antaño, Cordovez Moure cuenta casos particulares, como el de un baile memorable ofrecido, en 1860, por el “distinguido cuanto ilustre caballero” don Nicolás Tanco Armero:

*A las nueve de la noche empezaron a llegar los invitados, desde el Presidente de la República, lo más notable y florido de nuestra sociedad, así de nacionales como de extranjeros; [. . .] A las once de la noche [. . .] los danzantes se entraron a las piezas destinadas al efecto y cambiaron el vestido que tenían, por otro de fantasía. A una señal convenida de antemano, la orquesta interrumpió el silencio [. . .] y como por encanto, tomó la fiesta el aspecto más brillante y fantástico imaginable. De todas partes iban saliendo personajes históricos entre quienes resultaban los anacronismos más curiosos [. . .]*⁵.

Sin embargo, Cordovez Moure no se limitó a describir los bailes y las diversiones de los de alta prosapia. También fueron motivo de su curiosidad y atención las fiestas populares, en algunas de las cuales se confiesa espectador de cuerpo presente, a pesar de contarse entre lo más granado de la sociedad santafereña. El siguiente es un fragmento de su crónica sobre una de las fiestas religiosas populares en el barrio de Las Nieves, “entonces tenebroso arrabal”:

Luego venían las octavas de los barrios, empezando por las de las Nieves, por ser ésta la parroquia más antigua de Santafé. [. . .] Al aproximarse la fiesta se advertía movimiento desusado en aquellas regiones, producido por el resane y blanquimento de las casas, en que se notaba que los artífices no pecaban por habilidad en el oficio, porque, por lo general, quedaba más blanco el suelo que las paredes; se retocaban los letreros de las ventas y chicherías. [. . .] todas las casas del barrio carecían de alar, las puertas y ventanas eran contemporáneas del Conquistador de los Muisca, no existía camellón sino un tremendo y desigual empedrado con altibajos. [. . .] Desde la iglesia de la Tercera se empezaba a gozar de los perfumes y vapores de aquel barrio en verdadera combustión: los ajíacos, empanadas, longanizas, morcillas, cuchucos, [. . .] pólvora, aguardiente, trementina, etc., etc., etc., con todo lo demás que no podemos referir. [. . .] La procesión tenía lugar por la tarde. [. . .] por la noche el barrio era un encanto, aun en los sitios más recónditos. Se armaban bailes y parrandas en casi todas las casas donde había sifides, al compás de guitarras y bandolas. [. . .] El lunes tomaba el barrio el aspecto de un lugar amenazado de próximo asalto [. . .] se cercaban las calles y en todas las puertas se ponían trincheras. [. . .] Se preparaban para los tres días de corridas de toros⁶.

⁴ José María Cordovez Moure, *Reminiscencias* . . . Bogotá, Librería Americana, 1899, serie I, págs. 3-10.

⁵ Ibid., págs. 26-27.

⁶ Ibid., págs. 99-104.

En los relatos de Cordovez Moure que presentan enumeración de detalles minuciosos y cuadros de costumbres se aprecia una completa ambientación

EL TELEGRAMA

DIARIO DE LA MAÑANA

AÑO V

Bogotá, Noviembre 18 de 1849

JULIAN YERLES & C^a - Plaza de Bolívar, (Entre las Puercas de los Portales).

Señales de pelo de nuestra moda. Sombreros de todos. Abanicos de todos. Cortes para trajes. Trajes ligeros para verano. Cortes de plumas y de ramos. Etc. etc. etc.

J. SOLANO RUIZ

LAS AGUJAS!



LA BELLA PREPARACION PARA EL CABELLO

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS



CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

CONDICIONES DE TENDAS

Edición de El Telegrama, en la que apareció el primer artículo de José María Cordovez Moure.

que enmarca las circunstancias en las cuales se desarrollaron los grandes sucesos económicos y políticos de nuestra historia. Algunas muestras de estas ambientaciones son:

Hasta el año de 1849, época en que puede decirse que empezó la transformación política y social de este país, se vivía en plena Colonia. Es cierto que no había Nuevo Reino de Granada, ni virrey, ni oidores; pero si hubiera vuelto alguno de los que emigraron en el año de 1819, después de la Batalla de Boyacá, no habría encontrado cambio en la ciudad, fuera de la destrucción de los escudos de las armas reales; la erección de la estatua del Libertador; la prolongación del atrio de La Catedral, y la traslación del Mono de la pila, con la pila misma, de la plaza mayor a la plazuela de San Carlos, de donde, en definitiva se le ha confinado al Museo Nacional, como objeto arqueológico. [...] En Santafé se vivía modesta pero confortablemente. Las casas eran de un solo piso, en lo general; todas las piezas estaban esteradas, pues el lujo de la alfombra sólo se conocía en las

*señor virrey don Juan Sámano ha tenido a bien conmutarla por la de destierro a los Llanos". Nutrida salva de aplausos acogió tan humanitaria resolución, y todos quedaron contentos y convencidos*¹¹.

De igual manera narró otras situaciones a las que más bien les cabe el calificativo de tragicómicas como aquella que desencadenó un duelo:

Antes del memorable 25 de septiembre de 1828 dio un baile el Libertador. [...] Entre el cuerpo diplomático y consular presente se contaba el cónsul general de Holanda, M. Stewart. Al sacar éste a bailar a una señorita, dejó ella, como era de costumbre, un frasquito que contenía esencia, y un abanico, sobre el asiento que abandonaba. Un joven oficial Miranda [...] se sentó inadvertidamente sobre tales prendas y rompió el frasquito; visto lo cual el señor Dunda Logan le dijo en tono de burla: prevéngase para dar cuenta de este agravio al cónsul holandés. Miranda contestó que no tenía miedo a ese vejete, palabras que por desgracia oyó M. Stewart, y [...] llenó de improperios a Miranda. A la mañana siguiente envió Miranda al norteamericano coronel Johnson a pedir una explicación al holandés, quien contestó que la daría por medio de las armas.

*[...] El día después, muy temprano, [...] se batieron a veinte pasos de distancia. [...] Miranda tendió el brazo, y sin apuntar, disparó. [...] El doctor Ricardo Cheyne, que estaba presente, en su calidad de médico, exclamó al ver caer desplomado a Stewart: ¡Hombre muerto!*¹².

¹¹ José María Cordovez Moure, *Reminiscencias*, Bogotá, Librería Americana, 1899, serie I, págs. 61-62.

¹² José María Cordovez Moure, *Reminiscencias*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura, 1941, Tercera edición, págs. 19-21.

Este sentido del humor desaparece por completo en algunos capítulos en los que Cordovez Moure presenta ciertos sucesos históricos. Se torna entonces grave y hasta solemne, como en aquella parte en la que narra el fusilamiento del general Barreiro y demás oficiales del ejército realista luego del triunfo definitivo del ejército libertador.

Plaza de las Nieves.



"LOS CRIMENES DE DON PEPE CORDOVEZ"

Don Pepe se destacó en sus crónicas rojas, producto tal vez de "la tenaz y cruel curiosidad de presenciar ejecuciones capitales" en la plaza de Bolívar, según su propia confesión.

No fue mera casualidad que su primer trabajo, publicado en El Telegrama, hubiera sido el de *Juicio y ejecución de José Raimundo Russi y demás compañeros*. Tanto éxito tuvo este primer artículo que le abrió las puertas de El Telegrama y el apetito de escribir, y su afición a hacerlo sobre crímenes, robos, saqueos, asesinatos, asaltos, envenenamientos, *Crímenes célebres* y *Episodios sangrientos*, que profusamente mojan las páginas de sus ocho volúmenes y particularmente del primero, publicado en 1893, en el cual dieciséis de veinte capítulos se refieren a estos temas.

También en este tipo de crónicas, Cordovez Moure hace gala de sus cualidades de gran observador, transferidas a sus escritos en insignificantes detalles, como los que cuenta en la crónica del fusilamiento de Aguilar, Morales y Hernández, el 18 de julio de 1860 (escrita por lo menos veinticinco años después del suceso):

De repente se presentó a caballo el general Bohórquez, se acercó al coronel Piñeres y le dijo algo muy grave, porque éste hizo un movimiento de sorpresa, acompañado de un gesto de horror. [...] Al occidente de dicha plaza había una zanja de un metro de anchura, llena de agua cubierta de plantas acuáticas, a distancia de cuatro o cinco metros de la pared, [...] de manera que entre la zanja y la pared había un andén sin empedrar. Hacia este sitio condujeron a los prisioneros y los colocaron dando frente al oriente y la espalda a la zanja; pero por causas

Antiguo Camellón de las Nieves otrora "tenebroso artabal" como lo llamó Cordovez Moure en una crónica que escribió sobre él.



REMINISCENCIAS DE SANTAFE Y BOGOTA

J. M. Cordovez Moure

BIBLIOTECA
BASICA
COLOMBIANA

JOSÉ MARÍA CORDOVEZ MOURE

Reminiscencias de Santafé y Bogotá

B o g o t á
1 9 6 6

Ediciones de las Reminiscencias
de José María Cordovez Moure

que no comprendimos, el oficial [...] invitó a los prisioneros para que saltaran la zanja. [...] El doctor Aguilar se situó al norte: vestía gabán y pantalón de paño de color azul turquí y sombrero negro de fieltro; el señor Morales ocupó el centro: vestía levita y pantalón negros, chaleco de paño y sombrero de fieltro de color carmelita; el coronel Hernández se colocó al sur: vestía dolmán con alamares y pantalón gris y sombrero de suaza. [...] Vimos que Aguilar cayó de bruces y que pudo voltearse dando la espalda al suelo; Morales cayó de espaldas por el balazo que le destrozó la cabeza en la sien izquierda; Hernández se desplomó sobre el último; pero logró incorporarse por un instante para caer boca arriba con el brazo derecho extendido en ademán de imponente indiferencia. [...] Aguilar fue el último que murió después de penosa agonía; le despedazaron la frente y la mano derecha, en la que le destruyeron los dedos pulgar, índice y cordial. Terminada la ejecución regresó el batallón [...] dejando los tres cadáveres en la posición en que quedaron al expirar, bañados en su propia sangre y manchados con el lodo del sitio donde cayeron ¹³.

Pero si la exuberancia de detalles en algunos de sus relatos es el condimento preciso, en sus crónicas rojas llega, en muchas ocasiones, a la descripción morbosa, como se ve en este trozo de *Custodia o la emparedada*, sobre una criada a quien su ama, celosa por su belleza y mejor suerte, decidió emparedar viva en la misma casa, luego de someterla a numerosas torturas, que el autor se regodea en describir:

Cuando aquella nueva Medea creyó que la muchacha tendría más alientos para sufrir, se puso a sacarle uno a uno, todos los dientes y muelas, y para ello se sirvió de unas tenazas de las que usan los zapateros. No satisfecha aún aquella infame furia con el hecho, quemó a la infeliz con planchas calientes, todas las articulaciones, las costillas y la columna vertebral; y como si aún no fuera suficiente, le cortó las orejas y le abrió la boca hasta los oídos ¹⁴.

Pero a pesar de este tipo de abusos, las crónicas rojas de Cordovez Moure son interesantes y entretenidas, así no constituyan páginas literarias. En general, su prosa ha sido considerada desaliñada. Como dijera uno de sus críticos, Baldomero Sanín Cano: “A las virtudes de llaneza o claridad en el estilo, no se agregan las de distinción o elegancia”. Por su parte, Elisa Mújica, estudiosa de Cordovez Moure, explica el ambiente literario de esa época: “En 1891, cuando empezaron a escribirse las *Reminiscencias*, los gustos habían cambiado en España y en América y la preocupación por las formas era la que se imponía. En Colombia, sobre todo, el purismo se exageró a la sombra del genio de Cuervo y llegó hasta crear un estéril fanatismo gramatical. De ahí que Cordovez, con su manera campechana que pocas veces se eleva, porque cuando lo intenta cae en ingenuidades que llevan a sonreír, fuera muy criticado en su época por algunas incorrecciones de estilo, no obstante el éxito y la popularidad indudables de su obra. Hoy, sin embargo, se le perdonan fácilmente esas pequeñas incorrecciones”.

Por su parte, Cordovez Moure, en sus *Recuerdos autobiográficos*, se reconoció mal alumno de gramática, y con el mismo desenfado con que escribía sobre todo respondió a sus críticos gramaticales:

Sin pretensiones a constituirnos autoridad, sospechamos que el estudio de la gramática es de lo más difícil. Se necesita, como sucede con las matemáticas, tener decidida vocación para ello. Los grandes como Cervantes, Molière, Shakespeare, Goethe, Dante, Camoens y muchos otros no se ajustaron a las reglas

¹³ José María Cordovez Moure, *Reminiscencias*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura, 1942, vol. II, sexta edición, págs. 276-278.

¹⁴ José María Cordovez Moure, *Reminiscencias*, Bogotá, Librería Americana, 1899, serie I, pág. 215.

*gramaticales en las producciones que los immortalizaron. Los eruditos en la materia sacrifican la inspiración a la forma*¹⁵.

Porque no quiso serlo, o porque no pudo, don Pepe no fue “el memorable novelista de aquella Santafé decimonónica”¹⁶. Tuvo en sus manos cientos de historias, sobre todo de la crónica roja, que le hubieran dado tema para escribir cuentos o novelas; y sin embargo, la acción de los capítulos que alcanzó a publicar de su novela *Claro de luna*, a principios de siglo en el periódico bogotano El Comercio, transcurre en Venecia y no en la Santafé que tan bien conocía, lo que constituye un gran desacierto como narrador de ficción.

SU VIDA, SU MEJOR ESCUELA

Como escritor costumbrista, se moldeó Cordovez Moure en el movimiento de El Mosaico, cuyo periódico fue la expresión de aquellos intelectuales que se decidieron a escribir lo más fielmente posible acerca de las costumbres resultantes del proceso de mestizaje en estos territorios. Animaba este esfuerzo la intención de hacer resaltar lo propio frente a lo que se leía aquí sobre las costumbres de otras latitudes, particularmente de Inglaterra y Francia.

Antes de Cordovez Moure habíanse distinguido retratistas de costumbres como Caicedo Rojas y Guarín, José Joaquín Borda, Ricardo Silva, Emiro Kastos, Eugenio Díaz, José María Vergara y Vergara y Luis Segundo de Silvestre, entre otros. Las crónicas de todos ellos y las de quienes escribieron hasta los primeros decenios de este siglo, son bien diferentes de la crónica moderna, que ha convivido con el cine primero, y después con la televisión.

Además, porque los escritores de antaño se ocupaban en pequeñas cosas. Para ser fieles, no podía ser de otra manera. No podían registrar más que el acontecer provinciano de una sociedad que aún conservaba casi intactas las estructuras coloniales del dominio latifundista y clerical, del estancamiento que hacía que todas las manifestaciones sociales tuvieran la dimensión de lo pequeño y parroquial.

A pesar de todas las crisis políticas y de ciertos avances, la rutina y el tedio eran signo de la época, de lo que resultaba que muchos de los sucesos fueran poco menos que pintorescos. Y no era que los escritores escogieran situaciones triviales y asuntos insignificantes sobre los cuales escribir; la vida transcurría en un estrecho universo en el que la mitad de su gente gastaba casi toda su vida comiéndose a la otra mitad. Este ambiente lo plasmó José María Cordovez con singular maestría a lo largo de su obra, tan llena de minucias y anécdotas sobre sucesos cotidianos.

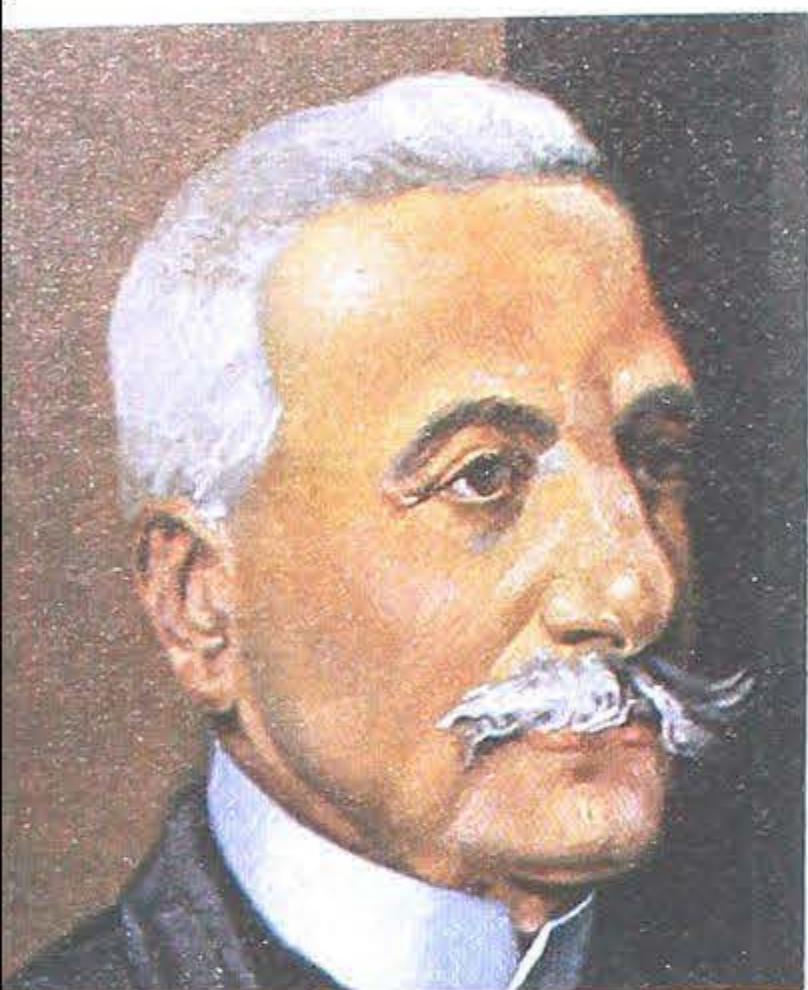
No se contaba Cordovez Moure entre los que miraban el mundo desde una miope perspectiva, derivada de una holgada posición sedentaria. Por el contrario, tuvo que luchar de muchas maneras por el sustento, incluso laborando en el campo. Fue su padre, Manuel Antonio Cordovez, un inmigrante chileno y acaudalado comerciante, patrocinador del arte. Cuando José María contaba tres años de edad, decidió su padre trasladarse con toda la familia a Santafé en busca de un mejor futuro para su negocio, después que la quiebra de la casa de Judas Tadeo Landínez, intermediario financiero de aquellos tiempos y precursor de los escándalos de nuestros días, ocasionara la ruina de don Manuel Antonio.



Ediciones de las *Reminiscencias* de José María Cordovez Moure.

¹⁵ José María Cordovez Moure, *Reminiscencias* . . . , “Recuerdos autobiográficos”, Bogotá, Librería Americana, 1913, serie VIII, pág. 64.

¹⁶ Juan Luis Panero, Prólogo de *Reminiscencias* . . . , Bogotá, Círculo de Lectores, 1985, pág. 5.



Retrato de José María
Cordovez Moure.

Firma de José María Cordovez Moure.

Años más tarde fue cuando el joven José María, de diecisiete años, debió hacerse cargo del sostenimiento de su familia que, además de sus padres, la integraban once hermanas. Primero, se aventuró en el negocio de la quina, que lo llevó a inhóspitas selvas. Fracasado en esta aventura, llegó hasta Quito en plan de comerciante, pero tampoco tuvo suerte. De regreso al país ingresó en la burocracia oficial, en la que permaneció durante 45 años, muy a su pesar, según se desprende de lo dicho a alguien que le sugirió trabajar con un pariente rico:

*Vamos por partes, señor Sáenz, nos apresuramos a contestar. Me cree usted tan estúpido que yo prefiera permanecer, no digo en el empleo actual, pero ni en la presidencia de la república, si tuviera medios de ganar la vida sin correr las contingencias anexas a los que se convierten en fósiles y se consumen en las oficinas públicas*¹⁷.

El primer cargo en la administración lo obtuvo mediante el apoyo del general José María Obando, pariente de su madre, Josefina Moure. Entre otros cargos, fue agente fiscal de la nación e inspector de ferrocarriles, reconocedor bancario y custodio de las minas de Muzo, visitador de los consulados colombianos en Europa y América, subsecretario del ministerio del Tesoro y, después, ministro del ramo. Simultáneamente, desempeñó ad honorem las sindicaturas del hospital de San Juan de Dios y del convento del Buen Pastor. También fue cónsul general de Chile en Bogotá y enviado diplomático a Lima y uno de los fundadores de la Academia Colombiana de Historia, en 1903.

Buena parte de sus avatares en la burocracia quedaron consignados en sus *Recuerdos autobiográficos*. De la misma manera, sus andanzas en el negocio de la quina y sus viajes a Quito y a Lima fueron registrados en interesantes relatos donde cuenta acerca de la brega de la extracción de lo que era el oro de la época, y sobre la vida y la gente de aquellas dos capitales. En su autobiografía se aprecian además otros recorridos y peripecias en la vida de este escritor que tampoco escapó a la curiosidad de formar parte de la masonería, bastante mal vista en esos días. Sus viajes como cónsul los refiere en la sección de las *Reminiscencias* que tituló *Un viaje a Europa*, en el que presenta al lector una detallada visión de los lugares por donde pasó y donde residió. Están aquí presentados Nueva York, Londres, París y otras ciudades de Bélgica, Holanda, Alemania, Suiza, Italia, España y Haití. Es ésta una crónica de viaje detallada y vivaz, que debió de reemplazar bien al cinematógrafo en los días en que este medio apenas comenzaba.

¹⁷ José María Cordovez Moure, *Reminiscencias*, Bogotá, Círculo de Lectores, 1985, pág. 432.

Del autor de las *Reminiscencias* se ha dicho que no poseía vasta cultura intelectual. De esa que se regodeaba en el cultivo y contemplación del espíritu aprisionado en métricos versos, parece que no la tuvo. En cambio, se compenetró como pocos con el alma de su época y participó de todos los sucesos grandes y pequeños de su tiempo. Conoció de la vida que llevaban no sólo las clases con poder, sino también los labriegos, los artesanos y todos aquellos sectores que conformaban el pueblo raso.

En cuanto a su erudición, no puede considerarse poca, a juzgar por las referencias históricas universales y de los escritores clásicos, que hace reiteradamente en sus escritos. Cordovez Moure tenía una de las más amplias visiones que posibilitaba la época.

Aspecto curioso del escritor de los recuerdos de Santafé y Bogotá es el hecho de que en toda su obra poco devela de su propia vida personal. Ni siquiera en sus *Recuerdos autobiográficos* ofrece al lector detalles de su existencia familiar, ese don Pepe que en todas las ocurrencias y vidas se entremetía, inclusive en la de quienes hicieron nuestra historia patria.

DE LAS GRANDEZAS Y FLAQUEZAS

Las crónicas de carácter histórico ocupan amplio espacio de las *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*. Allí discurren aparejados hechos importantes con extravagancias y sorprendentes pequeñeces. Por ejemplo, de José María Melo registra una de sus excentricidades, en donde se ve que las manías de los dictadores americanos se remontan al siglo pasado:

Melo tenía dos magníficos caballos: uno zaino retinto y otro bayo overo, y una preciosa vaca que tenía la rareza de la piel flotante, que le arrancaba del cuello hasta la ubre. Estos tres animales puede decirse que constituían la pasión favorita del futuro dictador, quien gozaba al verlos en su salón de recibo, cuando se miraban reproducidos en los espejos, haciendo genuflexiones y otros movimientos para cerciorarse de que eran ellos mismos los que se veían ¹⁸.

Los aspectos pintorescos de nuestra historia, que tanto se complacía Cordovez Moure en contar, no solamente eran elementos de aquellos sucesos de poca monta, sino que también fueron característica de hechos relacionados con las grandes transformaciones económicas y políticas. Estos detalles pintorescos constituyen la otra cara de las grandes acciones progresistas de los estadistas de entonces; faceta que mostró el autor de las *Reminiscencias* en sus escritos sobre los grandes personajes del siglo pasado y los avatares de las numerosas guerras civiles.

Para mediados de siglo, las fuerzas antagónicas habían madurado hasta fundar sus respectivos partidos políticos. Los adversarios del estancamiento colonial se agrupaban en el partido liberal, aunque muy pronto éste se vería escindido en dos fracciones principales: los *gólgotas* o *radicales*, aferrados a la defensa del libre cambio, y los *draconianos*, voceros de los gremios artesanales. Por su parte, la Iglesia y los latifundistas cerraron filas en torno al partido conservador, el que tampoco escaparía a la división, esta vez entre históricos y nacionalistas. El debate sobre los grandes temas del porvenir no se dio únicamente en los recintos del Congreso, sino que se agudizó frecuentemente hasta producir las numerosas guerras civiles de envergadura nacional y de carácter regional que ensangrentaron al país hasta 1902.



Miniaturas de José María Domínguez 1830 aprox.

¹⁸ Ibid., págs. 146-147.

A don Pepe Cordovez le tocaron los primeros destellos del progreso propiciado por el desarrollo comercial: una gran actividad ferroviaria empezaba a reemplazar los otrora escabrosos caminos para bestias, se regularizó la navegación en barcos de vapor por el río Magdalena, se levantó una ferrería en la población de Samacá, se inició la excavación del canal de Panamá por la compañía francesa, se terminó el tendido de un tranvía de mulas entre Bogotá y Chapinero, se inauguró en la capital una pequeña central telefónica dotada de veinte líneas, y un cable submarino había enlazado el país con el mundo. Cordovez Moure se mostró partidario entusiasta de estos progresos. No obstante, su actitud frente a otros cambios que se operaban por esos años tiene varias facetas. Acerca de su filiación política no existe mucha claridad, por su proceder contradictorio frente a ciertos sucesos. No estaba ligado directamente a los intereses de la tierra o del comercio, y aunque no perteneció en ningún momento al partido conservador, tampoco fue un decidido partidario de los cambios radicales impulsados por los liberales, especialmente aquellos que involucraron a la Iglesia y sus clérigos.

Fue así como Cordovez Moure se pronunció en contra de las medidas liberales que tendían a contrarrestar la enorme influencia ideológica y política de los curas, educadores de las conciencias no solamente desde el púlpito sino también en la educación pública secundaria y profesional, y predicadores muchas veces en contra de las reformas.

En la parte de sus *Reminiscencias* llamada *Mártires de ogaño*, Cordovez Moure opina:

*Desde el año de 1843 empezó la hostilidad a la Iglesia Graciana por medio de leyes arbitrariamente contrarias al espíritu y letra del Concordato que regía entonces. [...] A no dejar duda, [estas medidas revelan] el principio de la tendencia de la fracción liberal conocido con el calificativo de gólgota, primero, y después radical, a tomar por la vía peligrosa del sectarismo religioso en abierta oposición con el antiguo liberalismo que siempre fue creyente católico*¹⁹.

En cuanto a las disposiciones sobre el poder económico de la Iglesia, principal terrateniente de la época, Cordovez Moure también se muestra en desacuerdo. Los decretos expedidos por el gobierno de Tomás Cipriano de Mosquera sobre tuición, en el que se exigía previo juramento de sumisión al poder civil para ejercer el sacerdocio, y el de desamortización de los bienes de manos muertas, que disponía la expropiación sin indemnización de los latifundios de la Iglesia, agudizaron la guerra civil de 1860, en la que el clero tuvo participación muy activa. Cordovez Moure comenta sobre las repercusiones de dichos decretos, no sin un toque de humor irreverente:

*Pasado el estupor del primer momento, no quedó al clero otro recurso que el oponer fuerza de inercia hasta donde lo permitieran las circunstancias; pero como el general Mosquera sostenía que su misión era la de reformar prácticas añejas y corregir abusos, convocó a su casa de habitación al arzobispo de Bogotá, al bondadoso señor Herrán, y a los prelados de los conventos de esta ciudad, con el fin de discutir el medio de hallar un avenimiento con las dos potestades. [...] En el salón principal de la casa, perteneciente en la actualidad al Banco de Bogotá, recibió el general Mosquera, vestido de gran uniforme militar y rodeado de sus principales tenientes, al Ilustrísimo señor Herrán y a los prelados de los conventos, quienes, como es de presumirse, hacían la figura de tímidos corderos en medio de Lobos*²⁰.

¹⁹ José María Cordovez Moure, *Reminiscencias*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura, 1942, vol. II, pág. 40.

²⁰ *Ibid.*, págs. 46-47.

Personajes de antaño, sin reemplazo.



N todas las poblaciones del mundo existen individuos que por sus excentricidades y ocurrencias más o menos felices, sirven de diversión, lo cual da lugar a que gocen de gran popularidad entre sus contemporáneos.

Desgraciadamente se han perdido para la posteridad los hechos y dichos que fueron la diversión inagotable de los que los conocieron, porque falta un cronista que los hiciera vivir en la historia.

El Bogotá de hoy ignora la vida de hombres inteligentes, de los que se llamaron Rompegallos, el loco Brilla y las locas Doña, Mirón, Herón y Manrique, que con sus disparates mordaces hicieron las delicias de los que los trataron.

De los tiempos coloniales se salvó la memoria de *la cuerda Serna*, gracias a don Pepe Ciro, quien lo inmortalizó en la *Historia civil y eclesiástica de la Nueva Granada*. Mas afortunados que aquellos fueron los cuatro personalidades que don Gregorio Gutiérrez y Duque reprodujeron en los retratos litográficos que reflejan estos mal trazados recuerdos.



MANRIQUE

Fue un pavoroso estulto, oriundo de la provincia de Ubaté, donde contrajo un compromiso matrimonial con una bella y rica señora. Desgraciadamente la familia de la novia impidió de una manera brutal los brillantes proyectos de Manrique, pero como los verdaderos advenedizos en este mundo materialista en sus pensamientos, un día de la muchacha, que con un gamonal poderoso, se prestó a resolver la cuestión por medio de una paliza que bien aplicó a Manrique, y para cortar el nudo gamonal que no podía desatar, los padres de la muchacha le casaron contra su voluntad con el hijo de otro gamonal de esa comarca.

Como resultado de aquella tragedia, Manrique perdió el juicio, y alternando se radicó en Bogotá, donde le roba la noche y se alimentaba con los sobrantes que le obsequiaban en alguna de las fondas de la ciudad.

A Manrique se le veía constantemente recorriendo las calles por el centro de estas. Cuando llegaba al fondo de una casa donde vivían algunas señoras, conocidas, tocaba la flauta por su nombre hasta que esta saliera al balcón a verlos, entonces se encubría como un refinado melicón, hacía un saludo respetuoso con el sombrero y se iba a seguir la misma escena con otras damas de su predilección.

En una de esas excursiones Manrique almorzó a ver en un almuerzo de la calle real a un cruel perseguidor de Ubaté, en el acto se lanzó como furia rugiente sobre su adversario, luego abatido en el suelo y lo atacó a dentelladas con intención de vengarse. Finalmente, para el gamonal las circunstancias que presenciaron el ataque de Manrique

se lo quitaron de encima y lo condujeron al sitio donde se le mandaron poner en la más efectiva vigilancia hasta que hubiese depositado libremente responsable de sus actos. Desde entonces hasta su muerte, legada al barrio de Las Naves hasta el punto del San Francisco, hizo un saludo militar y regalaba por el mismo camino bocanillos de los pericajes de la prensa.

Hecha la autopsia del cadáver se encontró que Manrique tenía profundas cicatrices de la enfermedad del crimen al resto del cráneo.

SASUNAGA

En un suceso ocurrido en el refugio que le proporcionaban sus locuras, la constante plañidera se relaciona con las causas principales de la ciudad donde se le obsequiaba habitualmente, y con toda evidencia haber sido el más loco de los mortales sin la sencilla humana preocupación que le dominaba, preocupación a la cual contribuían todos los muchachos con quienes trabajaba.

En el caso que Sasunaga tenía la percepción de que todos los muchachos lo soltaban en multitud, y como las muchachas traviesas se burlaban de él por lo que Sasunaga, todas ellas, acostumbraban el conflicto al momento con sus desahogos, era amoroso.

—Ya estáis combatiendo a punto de salir, decía el pobre desgraciado, para no desahogar a las muchachas solistas, pero creed que a las calladas de amor por el les arresta de cuando en cuando de horchuela y horchuela que sólo les arde como pedrada de futuro experimento.

Sasunaga habitaba en una tienda arriba del Barrio de Las Naves, allí murió a mediados del siglo XIX, entre las casualidades que él se encontraba la colección más completa de sonidos albor de agua que guardaba como recuerdo de gratitud por los que se los habían obsequiado.



SASUNAGA

CHOPALITO

Es un pobre diablo que ejercía la industria de fabricar bollos con la uña que produce un orbeño alfrete con la misma mezcla con jugo de pepa de aguacate a él caparrosa para darle fuerza, entonces este que desaparece en el país por la competencia que le hacen los fabricantes del extranjero. El contenido de una botella le vendía al mismo precio de dos realidades, pero esta industria sólo le servía de pretexto para solicitar, en retorcidos, un vagón para facilitar la digestión y modo real, para comprar en la tienda de don Francisco un vaso de chicha que con, según el dicho, que no es un vaso.

"Personajes de antaño", última crónica de Cordovez Moure aparecida en Cromos el 29 de junio de 1918.

Pese a que Cordovez Moure se mostró opositor a las medidas contra el poder clerical dictadas por el gobierno de Mosquera, en la práctica lo apoyó al colaborar en la defensa de Bogotá cuando ésta fue atacada por la conservadora guerrilla de Guasca, el 4 de febrero de 1862. Cordovez justifica su participación en esta acción armada en defensa del gobierno liberal, en sus *Recuerdos autobiográficos*:

Entre los diversos actos de la vida que nos han causado remordimiento se cuenta el de haber tomado parte activa en aquella emergencia, en la que nada nos iba ni venía, y, antes bien, mediaban poderosas razones para alejarnos de toda contienda que acarrearía peligro de muerte: éramos el único apoyo de nuestros padres y hermanos, nos ocupábamos en trabajo de campo que nos proporcionaba los recursos apenas suficientes para atender las necesidades de nuestra familia, y, en consecuencia, no nos pertenecíamos; pero pudo más el deseo egoísta de figurar como patriotas de ocasión, y nos presentamos en el edificio de San Bartolomé a correr con las contingencias de aquella aventura.²¹

²¹ José María Cordovez Moure, *Reminiscencias* ... "Recuerdos autobiográficos", Bogotá, Librería Americana, 1913, serie VIII, págs. 297-298.

El remordimiento de Cordovez Moure parece deberse a lo que cuenta más adelante en este relato de la toma de Bogotá por los conservadores:

Expuestos a los proyectiles que el enemigo nos enviaba de la casa consistorial y de la esquina del palacio de San Carlos, pronunciamos la fatídica palabra equivalente a una sentencia de muerte, porque tuvimos la desgracia de herir a uno de los del grupo indicado, que cayó del alto andén de las galerías al piso de la plaza, debatiéndose en las convulsiones de la agonía, en tanto que los compañeros huyeron dejándolo abandonado. En vista de aquella escena de horror, experimentamos la sensación de remordimiento que debe atormentar al homicida enfrentado a su víctima. Arrojamus el maldito fusil que nos había servido de medio para dar muerte a ese infeliz, y no volvimos a ejecutar ningún otro acto ofensivo en aquel combate ²².

Al final, Cordovez Moure no permitió que en el parte de los liberales triunfantes lo registraran como uno de los patriotas de la batalla, para evitar, según él, las represalias a las que estaba expuesto en su trabajo de campo.

En la parte de su obra titulada *Una epopeya militar*, acerca de la campaña militar de 1862, quedan plasmados, al mismo tiempo, las grandezas y flaquezas de este importante acontecimiento y de quienes lo protagonizaron. Al comienzo de este relato, Cordovez Moure muestra la talla de estadista de Tomás Cipriano de Mosquera:

Con la actividad que caracterizaba al general Mosquera en todos sus actos, lanzó ejércitos al norte, sur y occidente de la República en persecución de las huestes legitimistas, "quemó las naves" al promulgar los decretos sobre tuición (20 de julio); expulsión de los jesuitas (21 de julio); desamortización de los bienes de manos muertas (9 de septiembre); afrontó una de las situaciones más difíciles y complejas que se ha dado en impulsar un hombre de Estado: adoptó el glorioso nombre de Colombia en vez del de Confederación Granadina, que llevó la República hasta el 24 de septiembre de 1861, y extinguió las comunidades religiosas (5 de noviembre del mismo año) ²³.

En *Una epopeya militar*, Cordovez Moure también destaca el valor de los liberales de la capital, quienes, inferiores numéricamente en una tercera parte a los conservadores, se batieron durante casi tres días en condiciones desventajosas, atrincherados en el convento de San Agustín, donde resistieron hasta la llegada del general Mosquera.

Compaginados con estas acciones heroicas, sucedían otros hechos sorprendentes de improvisación, como el siguiente contado por Cordovez Moure:

No transcurrieron muchos días sin que toda la parte oriental de Cundinamarca fuera el territorio que dominaba la guerrilla, por lo cual resolvió el general Mosquera enviar dos expediciones, por el norte y por el sur, a batirla entre dos fuegos; pero el supremo dictador de la guerra "no contaba con la huésped". [. . .] De las Antillas, a su paso por Europa, envió el doctor Manuel Murillo Toro el primer armamento que pudo comprar, y que se componía de dos mil fusiles de piedra y caja amarilla. Apenas llegó a Facatativá se armó el ejército con ellos.

Ya hacía dos días que había salido la fuerza en persecución de la guerrilla cuando se le ocurrió al general Mosquera foguear la tropa con el nuevo armamento en una gran parada. A la voz de "fuego por los batallones", no estalló ni un solo tiro; los jefes creyeron que los soldados sólo habían hecho el ademán de



Miniatura de José María Domínguez 1830 aprox.

²² Ibid., pág. 303.

²³ José María Cordovez Moure, *Reminiscencias*, Bogotá, Círculo de Lectores, 1985, págs. 261-265.

cargar; pero pronto salieron del error. Examinados, aunque tarde, los fusiles, se vio que los eslabones eran de estaño. Dejamos al lector la consideración de la sorpresa y disgusto del general Mosquera al ver que el deseado armamento era inservible, a menos de reponer en acero la pieza indispensable para hacer fuego, y lo más grave aún: que ya no había tiempo de prevenir a las fuerzas que, con dichos fusiles, creían que llevaban buenas armas para combatir y que, llegado el caso, serían derrotados, como en realidad lo fueron en el primer encuentro que tuvieron con la guerrilla en el puente del Ají²⁴.

Una escena menos grave, pero que muestra bien la condición de indigencia que se daba al lado de la valentía en estos ejércitos, lo registra el cronista en el siguiente fragmento:

El general Mendoza pernoctó en Guasca con su fuerza. Entre los soldados liberales iba un mulato caucano, que empezó a merodear y tomó una olleta de cobre en una casa. Sabedor de esto el general, ordenó que devolviera el utensilio a su dueño; pero el ratero resistió con insolencia, alegando que el Manco Mendoza quería apropiarse la olleta. Semejante ultraje, inferido al frente de la tropa y del enemigo, hizo necesaria una pronta y ejemplar reparación. El general Mendoza era hombre humanitario, enemigo del derramamiento de sangre, y mandó decir al mulato que, si no daba pública satisfacción, lo haría fusilar; pero éste era uno de los democráticos perreristas del Cauca, discolo e intratable, y recibió la intimidación con soberano desprecio, manifestando que, mientras viviera, no devolvería la olleta.*

Por la disciplina del ejército se ejecutó a aquel desgraciado, que no quiso morir como cristiano. Lo fusilaron sentado en una sillita [...] después de gritar, endemoniado, que dejaba la olleta al Manco canalla²⁵.

No deja de llamar la atención que estadistas de la talla de José Hilario López y Tomás Cipriano de Mosquera se hubieran visto envueltos en rencillas poco menos que ridículas en aquellos momentos que reclamaban su unidad. Cordovez Moure cuenta acerca de estas enemistades, a propósito de una escala del general López en Pitayó (Cauca), donde acampaba con sus tropas, situación que presenció el autor de las *Reminiscencias* por aquellos días de su trabajo en la quina:

[...] el general López invitó a los jefes que lo acompañaban a la frugal comida [...]. Despachados los manjares [...] alguien empezó a leer los versos publicados por José María Vergara y Vergara [...]. La lectura marchó bien hasta que el lector pronunció estas frases alusivas al general Tomás C. de Mosquera: "Dos veces héroe y tres Libertador". ¡Quién dijo tal! Un cañonazo no habría repercutido como el monumental viscaíno que soltó el general López, seguido de formidable puñetazo, que desvencijó la mesa [...]. — Sólo un miserable poetastro puede atreverse a calificar de héroe y libertador al fanfarrón de "Mascachochas"— gritó fuera de sí el general López. [...] Siete años después, el general López se puso a las órdenes del aborrecido Mascachochas²⁶.

Muestra de que Cordovez Moure no perteneció a la corriente radical del liberalismo, la constituye también el hecho de que, luego de la derrota de esta fuerza, continuara en la administración pública, donde permaneció hasta finalizar el quinquenio del general Rafael Reyes. Durante el gobierno de Carlos E. Restrepo fue destituido, en circunstancias que lo llenaron de decepción, según lo refiere en sus *Recuerdos autobiográficos*:



Miniatura de José María Domínguez 1830 aprox.

²⁴ Ibid., pág. 264.

* Provino este término por que la gente levantisca del valle del Cauca solía usar el látigo llamado *perrero*.

²⁵ Ibid., pág. 263.

²⁶ José María Cordovez Moure, *Reminiscencias*, "... "Recuerdos autobiográficos", Bogotá, Librería Americana, 1913, serie VIII, pág. 527.

Queda referido en estas memorias que, permitiéndose las reglas de cortesía que rigen hasta con las cocineras cuando no se las necesita, apareció publicado en el Diario Oficial el decreto que nos arrojó a la calle después de cuarenta y cinco años de servicios continuos a la República ²⁷.

UNA OBRA PARA LA HISTORIA

La narración de sucesos históricos integra buena parte de la obra de Cordovez Moure, muchos de los cuales remontan la historia propiamente dicha de Santafé y Bogotá. Es así como dedica bastantes páginas a las idas y venidas, públicas y privadas, de los generales Mosquera y Obando; por ejemplo, las de *La conspiración del 23 de mayo de 1867*, que ocupan un volumen completo y buena parte de otro. También por su pluma pasaron muchos episodios de las guerras civiles, como la cautividad de Mariano Ospina Rodríguez en 1861 y las elecciones presidenciales del 7 de marzo. Con igual propiedad relató hechos que no le eran contemporáneos, como la Batalla de Ayacucho, a propósito de cumplirse cien años de este suceso; la conspiración septembrina de 1828; y el capítulo que llamó *Represalias*, en el que describe el periodo de “pacificación” de Pablo Morillo, el gobierno del virrey Sámano, el fusilamiento de numerosos patriotas, como Policarpa Salavarrieta, y el de los oficiales del ejército realista.

La validez de los escritos de Cordovez Moure como fuente histórica ha sido muy cuestionada. Acerca de la exactitud, existen testimonios que destacan este aspecto, como los de las dos cartas que se citan a continuación.

Tengo que agradecerle el envío del libro de Cordovez —escribía desde Londres don Bendix Koppel a un amigo que le había remitido el primer volumen—; he gozado mucho con su lectura. Son extraordinarias su memoria y su exactitud. Durante la revolución de Mosquera, recordará usted, estuve todo el tiempo entre los dos ejércitos beligerantes en la Sabana, y su descripción es exacta en todo ²⁸.

Y la otra, enviada por Agustín Mercado al propio Cordovez Moure:

Como testigo presencial en la reconciliación entre el general Tomás Cipriano de Mosquera y José María Obando, que tuvo lugar en Popayán en agosto de 1859, en casa de mi padre Ramón Mercado, puedo asegurar que es perfectamente exacta la relación que de tal suceso haces en el capítulo de tus Reminiscencias que lleva por título La conspiración del 23 de mayo de 1867 ²⁹.

En cambio, su fidelidad histórica ha sido cuestionada, por ejemplo, en el capítulo *Juicio y ejecución de José Raimundo Russi y demás compañeros*, en el que Cordovez Moure condena a este personaje, sin que su culpabilidad hubiera podido ser comprobada en el juicio. En su libro *Procesos célebres y acontecimientos varios*, su autor, Manuel José Esguerra Robles, dice acerca de lo escrito por Cordovez Moure sobre este caso:

No pretendemos, bajo ningún aspecto, hacer defensa alguna a un reo que fue sentenciado y condenado a muerte hace ya el espacio de 96 años. Unicamente aclaramos puntos importantes de una célebre causa histórica, fallada, al parecer, sin el estudio debido. Como también hemos de rectificar, en el curso de nuestra narración, ciertas aseveraciones que hace en sus Remi-

²⁷ Ibid., pág. 586.

²⁸ Daniel Samper Ortega, Senderos, núm. 20, septiembre de 1935, pág. 121.

²⁹ Idem.

niscencias el señor Cordovez Moure, relativas al proceso que nos ocupa, y que son perfectamente contrarias a la realidad de los hechos ³⁰.

En cuanto a la historia menuda y sus cuadros de costumbres, la discrepancia es menor. Pudiera parecer que esta crónica detallada, sobre cosas triviales, estuviera de más como documento histórico. Pero si se piensa que aparte de la pluma de los escritores costumbristas no existe otra manera de conocer los pormenores de la forma como transcurría la vida de nuestros antepasados, habida cuenta de que las imágenes de la fotografía y el cine son posteriores, resulta entonces que estos relatos de trivialidades representan la única fuente para apreciar el marco social de los sucesos importantes de la Colombia aldeana del siglo pasado. Proporcionan estas obras literarias la carne y el nervio al esqueleto histórico de los documentos oficiales, periódicos y memorias de los estadistas de la época. Los escritos costumbristas han sido fuente de primera mano en la admirable labor de revivir la historia en la televisión o el cine.

Su obra, de calidad desigual, aunque en general de un estilo moderno y fresco, opuesto al formalismo imperante por aquellos días y que en sus mejores páginas recuerda la prosa cervantina, posee innegable valor. De Cordovez Moure dice Elisa Mújica que se halla entre los principales historiadores de la Bogotá del siglo pasado, junto con Pedro María Ibáñez y Eduardo Posada.

Herederero de una tradición española que cultivaron de manera maestra Cervantes, Quevedo y Lope de Vega, don Pepe maneja un magnífico sentido del humor que lo coloca en primera fila entre los cultores de la llamada “chispa de los cachacos”, al lado de personajes como Fray Lejón y Klim.

Pero la fidelidad histórica y la calidad formal no son los únicos aspectos controvertidos de los escritos de don Pepe. Es la suya una obra contradictoria, producto de un carácter también contradictorio. Este autor no vacila en mezclar hechos menudos con sucesos importantes, temas agradables con cuadros rayanos en lo macabro.

Juzgar históricamente a Cordovez Moure es complicado. Si se pretende situarlo en alguna de las corrientes políticas de su convulsionada época, a juzgar por su obra, el resultado es complejo. Se declara decidido partidario del progreso, pero a renglón seguido se lamenta de la situación que este progreso ha producido; al hacer un balance entre Santafé y Bogotá, el autor se queda con la primera. Masón y mosquerista, pero poco amigo de los idearios liberales franceses, retomados por los radicales criollos, a la vez que ferviente católico y clerical. Burócrata de larga data, pero de espíritu abierto y aventurero. Es el tipo de personaje que reúne en sí los más disímiles adjetivos. En fin de cuentas, lleno de virtudes y de flaquezas, con una aguda curiosidad y un gran sentido del humor, que le impide incluso tomarse a sí mismo en serio, Cordovez Moure es fuente obligada de todos aquellos que quieran acercarse a la historia de Santafé y Bogotá en el siglo pasado.

³⁰ Manuel José Esguerra Robles, *Procesos Célebres y acontecimientos varios*, Bogotá, Editorial ABC, 1947, pág. 94. (Nota de pie de página de Reminiscencias de Santafé y Bogotá, Bogotá, Círculo de Lectores, 1985, pág. 145).